

# INFORMACIONES

## UN VIAJE UTIL

EL presidente Suárez acaba de completar su más importante y más comprometido viaje desde que tomó posesión de su cargo, en julio de 1976. Méjico —la nación hermana, a la que se reencuentra después de cuarenta años de mutua ignorancia— y Estados Unidos —la mayor potencia mundial, el principal aliado de España— configuraban un programa comprometido para un joven primer ministro, con escasa experiencia internacional. El resultado global ha sido, sin duda, positivo, con un momento clave, la entrevista con el presidente Carter, que permite prever un franco apoyo de la Administración norteamericana a la próxima etapa democratizadora de la Monarquía española, apoyo que va dirigido muy particularmente al señor Suárez.

La etapa mejicana debe considerarse dentro de su contexto histórico y simbólico; a estas alturas, con las relaciones apenas reanudadas y contando con la situación política interna de Méjico, sería un error el querer capitalizar la estancia del señor Suárez en algo más concreto, aunque exista la tentación de hacerlo. El magnífico recibimiento del Presidente López Portillo, el eco del viaje en todo Méjico, bastan para colocarle el calificativo «de Estado» a la visita, y era de todo lo que se trataba.

En Estados Unidos había contenciosos mucho más importantes. Parece confirmado que se habló de ayuda económica, de inversiones americanas en España, del grave problema del desequilibrio de la balanza comercial favorable a Estados Unidos, del creciente proteccionismo de EE. UU., del porvenir de las bases militares, de la disputa del plutonio, que afecta a las centrales nucleares españolas. También parece evidente que las soluciones precisas van a depender de comisiones técnicas, a escala ministerial. El viaje tenía otros objetivos: que la joven Administración americana entrara en contacto directo con la joven Administración española y se establecieran los lazos personales que faciliten el apoyo, de tan trascendental importancia, que Estados Unidos deberá aportar a España antes y, sobre todo, después del 15 de junio. Las expresiones de simpatía han ido significativamente más allá de lo que exigía el protocolo, tanto en la Casa Blanca como en el Capitolio, y se confirma que la nueva Administración demócrata ratifica su apoyo a la Monarquía española; más aún, que, evidentemente, juega la carta Suárez.

Este apoyo hubiera llegado sin duda a todos los españoles, con todo su valor ante una inminente campaña electoral del señor Suárez, sin los adornos quizá excesivos en la cobertura oficial, que bordeaba lo empalagoso, de este viaje en ciertos medios de información. Los viejos resortes del triunfalismo son difíciles de desterrar, aunque no es precisamente el señor Suárez el que mayor interés muestra por mantenerlos en pie.